

Luis V. Pérez Gil

Teniente reservista voluntario del Ejército de Tierra.

Doctor en Derecho con Premio Extraordinario.

Analista IEEE.

Correo: lperezg@ull.es

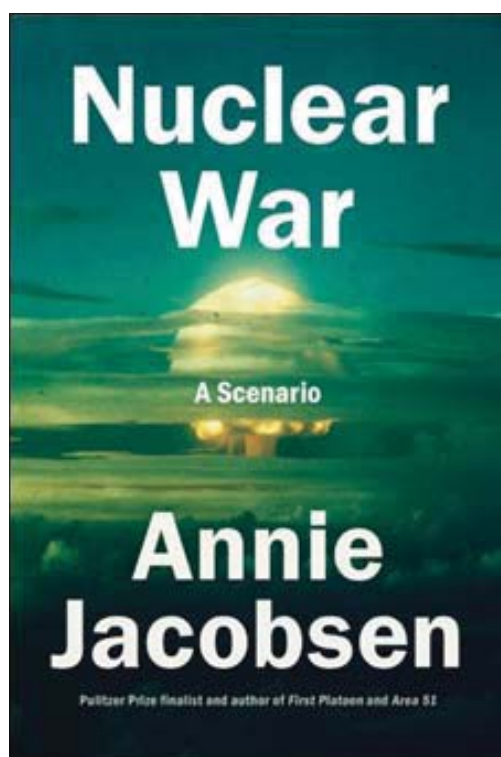
RESEÑA

Nuclear war: a scenario

Annie Jacobsen

Editorial: Debate, 2024 (373) páginas

ISBN: 978-0-593-47609-3



Después de dominar el escenario de la Guerra Fría, parecía que las armas nucleares cayeron en un estado de decaimiento estratégico, que hizo presumir que su importancia iría disminuyendo hasta terminar en una suerte de obsolescencia como recurso de poder. Era el periodo de la Posguerra Fría, del fin de la historia anunciado por Francis Fukuyama, del momento unipolar de Krauthammer y de la globalización definitiva bajo unos mismos principios compartidos por todos (entiéndase las grandes potencias). De este modo, de 1991 hasta 2018 los arsenales nucleares de las dos grandes potencias se redujeron desde números absolutamente gigantescos hasta 13 400 ojivas nucleares, el noventa y dos por ciento de ellas en manos de los Estados Unidos y de Rusia, como única sucesora reconocida en el ámbito internacional de la desaparecida Unión Soviética.

Además, una serie de tratados (hoy casi completamente desmontados) formada por el Tratado de Misiles de Corto y Medio Alcance (tratado INF) de diciembre de 1987, sendos Tratados de Limitación de Armas Estratégicas (tratados START) de julio de 1991 y abril de 2010, el Tratado de Reducción de Armas Ofensivas (Tratado de Moscú) de mayo de 2002 y el Tratado de Cielos Abiertos de marzo de 1992, junto con una sucesión importantísima de declaraciones, dieron forma legal a ese nuevo escenario mundial, denominado régimen de estabilidad estratégica, basado en los principios de bilateralidad y paridad nuclear. De este modo, se alejó el peligro de la guerra nuclear entre grandes potencias, mientras la globalización expandía de manera acelerada los beneficios de los denominados «dividendos de la paz» de la Posguerra Fría, que alcanzó a la misma China comunista. La existencia de una Corea del Norte nuclearizada en este periodo no cambió el escenario general e incluso podía ser contenida mediante la acción coordinada de las grandes potencias reunidas en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU.

Sin embargo, el conflicto de Ucrania trajo una renovada vigencia de las armas nucleares como mecanismo de presión para alcanzar fines políticos por parte de las grandes potencias nucleares, precisamente las que están llamadas a garantizar la paz y la seguridad internacionales, y es esa responsabilidad la que explica y justifica su derecho de veto.

En la actualidad, tanto los Estados Unidos como Rusia están inmersos en costosísimos programas de modernización de sus respectivos arsenales nucleares (la famosa tríada nuclear), que suman centenares de miles de millones de dólares, más otro tanto en coste operativo durante su ciclo de vida, bajo la premisa del mantenimiento de la disuasión. Por su parte, China, convertida en la gran potencia emergente en términos políticos y estratégicos, aumenta su propio arsenal nuclear mientras mantiene la política de no atarse por ningún acuerdo internacional que puede coartar su capacidad para armarse y hacerlo al menos hasta el nivel de contar con la capacidad estadounidense o rusa para generar una destrucción mutua asegurada en caso de enfrentamiento directo. Aunque otros seis Estados poseen armas nucleares, solo aquellas tres tienen la capacidad para iniciar una guerra de proporciones catastróficas para el conjunto de la humanidad. O eso es al menos lo que piensa la mayoría de los expertos.

Es en este punto en el que se inserta el libro de la periodista Annie Jacobsen (Middleton, Connecticut, 28 de junio de 1967), objeto de esta reseña. La autora manifiesta en una nota inicial que es el resultado de una investigación que inició durante el periodo de cuarentena decretado en Washington como consecuencia de la pandemia de la COVID-19. Durante ese tiempo tuvo la oportunidad de sostener largas conversaciones con altos funcionarios de la seguridad nacional estadounidenses, debatir con destacados especialistas de diferentes disciplinas científicas (físicos e ingenieros nucleares, ingenieros electrónicos, informáticos y de sistemas, meteorólogos y oceanógrafos) y realizar consultas a historiadores y responsables de archivos y depósitos documentales estatales enfocadas a dar forma al tema que da título al libro: elaborar un escenario de guerra nuclear. En un apartado inicial de entrevistas aparecen identificados esos expertos por nombre y especialidad.

Ya en el prólogo muestra de forma sorpresiva el resultado de ese escenario; es decir, comienza detallando las terribles consecuencias de un ataque nuclear contra el Pentágono (sede del Departamento de Defensa estadounidense) de un megatón de potencia explosiva que ha devastado la capital estadounidense, Washington D. C., provocando la muerte inmediata de un millón de personas y otros tantos heridos de diversa consideración. Por eso justamente lo titula «El infierno en la Tierra». Se trata, por tanto, de un escenario de impacto en la terminología de generación de escenarios de futuro.

A partir de esa situación inicial dada, la autora va desarrollando capítulo tras capítulo un cronograma que se extiende a lo largo de un periodo temporal de horas que dan título a cada capítulo desde el lanzamiento de un misil balístico intercontinental (*intercontinental ballistic missile* o ICBM, según terminología estándar en inglés) contra los Estados Unidos, en los que va exponiendo el fundamento y porqué de ese ataque, cómo se produce y, mucho más adelante, cuáles fueron las motivaciones que llevaron a su responsable a tomar la decisión de atacar el corazón político y administrativo de los Estados Unidos. El lector descubrirá llamativamente que no fueron ni Rusia ni China las que llevaron a cabo la acción, a pesar de que cada una tiene sus propios intereses y espacios de enfrentamientos con la potencia hegemónica global. Esa responsabilidad le cae al régimen norcoreano, a una decisión exclusiva y única de su líder, el denostado por Occidente, pero endiosado en su propio país, Kim Jong-un. El ataque contra el Pentágono ejecutado con un ICBM norcoreano de reciente desarrollo, cuyo lanzamiento fue detectado, pero no pudo ser interceptado por los escasísimos e ineficientes misiles del sistema de defensa contra misiles balísticos con base en Alaska (*Ground-Based Midcourse Defense* o GMD en inglés), forma parte de un aquelarre de destrucción que lanzó Corea del Norte contra los Estados Unidos. Sucesivamente, un ICBM contra el Pentágono, después un misil balístico lanzable desde submarino (*submarine-launched ballistic missile* o SLBM) contra la única central nuclear ubicada en la costa de California que lleva por nombre «Cañón del Diablo» (por su denominación geográfica originaria en español) y la detonación de una ojiva nuclear en el espacio destinada a anular por completo el sistema eléctrico norteamericano mediante los efectos de un pulso electromagnético de alta energía (*electromagnetic pulse* o EMP en inglés). Además, menciona someramente un cuarto ICBM, que falló en vuelo y no tuvo consecuencias destructivas directas.

La activación del plan de respuesta nuclear (*Single Integrated Operational Plan* o SIOP en inglés) pone de manifiesto cuestiones fundamentales que implican una explicación pormenorizada por parte de la autora. Por un lado, la inexistencia del tiempo necesario entre el ataque y la respuesta para adoptar una decisión mesurada (cabe recordar los incidentes ocurridos durante la Guerra Fría, desde la crisis de los misiles en Cuba en octubre de 1962 al ejercicio OTAN Able Archer-83 en noviembre de 1983) y, al mismo tiempo, la incapacidad física para poder poner a salvo a los máximos dirigentes políticos, incluido el presidente estadounidense y sus sustitutos (incluye la lista oficial de sucesión presidencial de doce altos funcionarios por orden de prelación), en caso de un ataque devastador contra la capital federal. Por otro lado, destaca la brutalidad de la propia reacción estadounidense en el marco de los planes de respuesta nuclear, que busca arrasarlo el territorio norcoreano y a su loco dirigente (Kim), pero sin medir las consecuencias inmediatas de tales actos; ni que decir tiene que mucho menos todavía las consecuencias globales para la humanidad o el clima. Los decisores nucleares, es decir, el presidente y sus asesores civiles y militares, saben que los misiles estadounidenses (una cincuentena) volarán sobre territorio ruso vía océano Ártico para alcanzar sus objetivos en Corea del Norte, pero no informan a la parte rusa de tal lanzamiento. También llama la atención que no se hace uso con carácter previo del conocido «teléfono rojo» con Moscú, lo que destaca la necesidad de mantener canales de comunicación permanentes en varios niveles. Pero, además, desoyen las consecuencias destructivas que una respuesta de tal magnitud (un total de ochenta y dos ojivas nucleares) tendrá en las pobladas ciudades chinas situadas cerca de la frontera norcoreana, que sufrirán inevitablemente centenares de millones de bajas por los efectos colaterales de decenas de explosiones nucleares.

En este lugar de lo que oportunamente denomina como el armagedón (por la batalla final que se anuncia en la Biblia, en el Libro del Apocalipsis), la autora juega con los fallos y errores manifiestos dentro del sistema de mando y control nuclear estadounidense, con la incapacidad de sus responsables para tomar decisiones racionales ante la presión de los tiempos de respuesta. Pero también se apoya en la supuesta irracionalidad de los dirigentes rusos (que estaban prevenidos por sus propios sistemas de alerta de los lanzamientos estadounidenses), que adoptan un curso de acción de respuesta nuclear masiva ante lo que estiman que es el inicio de un ataque nuclear contra su propio territorio (en sus sistemas observan cientos de ojivas estadounidenses volando hacia territorio ruso desde el océano Ártico y el Pacífico). Con esto se cumple la máxima enunciada por los dirigentes soviéticos y posteriormente también por los rusos de que un ataque nuclear contra su país tendrá siempre una respuesta masiva. Es el principio fundamental de la estrategia de la disuasión nuclear en un sistema de dos o más actores y, cuando falla, cualquier escenario puede ocurrir. Por cierto, la destrucción aniquiladora de Europa se sustancia en solo dos páginas del total de 373 que tiene el libro.

En realidad, este es un escenario entre muchos de los que podrían darse. Por tanto, el resultado final no deja lugar a dudas: una guerra nuclear será una guerra de destrucción global. De este modo, Jacobsen construye un alegato contra la idea de que es posible ganar una guerra nuclear y, en consecuencia, destruye la falacia de la guerra nuclear limitada, noción que fue defendida por responsables políticos, militares y académicos occidentales desde los años setenta del siglo pasado durante la Guerra

Fría. A través del desarrollo de un escenario terrorífico y desolador (la destrucción de la misma civilización humana), el libro aporta una reflexión profunda en favor de las tesis del abolicionismo nuclear, que va mucho más allá del control de armamentos o el desarme nuclear, insuficientes para librar al mundo de la catástrofe bélica según sostiene recientemente Jasmine Owens en un polémico pero oportuno artículo publicado en el *Bulletin of Atomic Scientists* (11 de julio de 2024).

Cabe destacar que se trata de un relato muy bien escrito, que tiene una lectura ágil y a ratos incluso es apasionante, precisamente porque la autora no guarda detalle sobre cada decisión sobre el empleo de armas nucleares y las terribles consecuencias que tendrán para la población civil y el medio ambiente. Aunque realiza un esfuerzo didáctico importante que incluye nueve fichas explicativas a lo largo del libro (denominadas lecciones de historia), así como cuadros explicativos e imágenes, se trata de una obra dirigida a especialistas (decisores políticos, funcionarios y analistas). Por una parte, debido a la cantidad de información sobre el funcionamiento de los sistemas de mando y control de guerra nuclear estadounidense y ruso, de las capacidades nucleares de las grandes potencias, de sus estrategias nucleares, de desarrollos avanzados con aplicaciones en el ámbito de la guerra nuclear obtenida de aquellas entrevistas que se señalaron al principio. Por otra parte, por la abundancia de datos técnicos sobre empleo de sistemas nucleares y no nucleares, las consecuencias físicas de las detonaciones nucleares, así como sobre el funcionamiento de los sistemas de emergencia en caso de catástrofe, que, a la postre, serán completamente inútiles para atender a millones de víctimas que hayan sobrevivido a una guerra nuclear.

Es justo en este público objetivo (los especialistas) en el que Jacobsen espera generar impacto y probablemente tratar de cambiar conciencias o dinámicas de pensamiento individual y grupal, como se atisba en varios momentos del libro de la mano de los decisores políticos estadounidenses, porque los otros (tanto rusos como norcoreanos) son llevados a la destrucción total por su propia paranoia, según la propia autora. Sin embargo, también plantea la cuestión de que toda la racionalidad y la capacidad tecnológica de un sistema político que se considera intrínsecamente superior a todos los demás (el famoso excepcionalísimo estadounidense) no es capaz de evitar su propia destrucción y, por ende, también la ajena. Y la perspectiva de la aplicación de la inteligencia artificial al planeamiento nuclear no parece augurar tampoco un escenario halagüeño, como han planteado Cameron Vega y Eliana Johns en un reciente artículo en el *Bulletin of Atomic Scientists* (22 de julio de 2024).

En definitiva, se trata de un libro para especialistas que requiere ser leído y sobre el que se debe reflexionar en profundidad, mucho más en los tiempos actuales donde los dirigentes de las potencias nucleares fantasean con un juego de escalada nuclear que no se puede jugar porque el resultado final es siempre la destrucción total.

Reseña recibida: 3 de agosto de 2024

Reseña aceptada: 12 de diciembre de 2024
